

Tan Cerca del Caos

Sara Carrasco



Capítulo 1

Las sociedades avanzan, se crean universidades, se educa a la población, se descubren a los charlatanes y se dejan de quemar brujas en las hogueras. Todo parece mejorar, la ciencia se impone ante la religión y los mitos pasan a ser solo cuentos relatados por viejos que están más allá que pa acá. Pero la verdad es que hay resquicios en la realidad cuyo significado no puede comprimirse en una simple ecuación o en un logaritmo. Olivia sabía que había muchos farsantes que juraban ver espíritus, que la homeopatía era una trola y que una piedra no podía curar la ansiedad y el estrés mejor que un terapeuta. ¿Pero y qué hay de malo en querer pensar que había algo más? Su vida era aburrida y pasaba mucho tiempo solo con su imaginación. Le gustaba pensar que en los atardeceres nublados se escondía la puerta del infierno y fantaseaba con aprender a leer el verdadero nombre de las cosas para controlar el viento a su antojo como Kvothe en El Temor de un Hombre Sabio... Soñar era lo único que le quedaba.

— ¡Olivia! — aquel grito hizo que la muchacha se atragantara con la leche — ¿Es qué no has visto la hora? Tienes que irte o llegarás tarde al colegio.

La muchacha tosió violentamente. Cuando se recuperó miró el reloj de pared de la cocina mientras se enjugaba las lágrimas.

— Abuela, son todavía las siete de la mañana — le explicó irritada—. Tengo clase a las ocho y cuarto. Me falta un cuarto de hora para salir.

Todas las mañanas eran las mismas: su abuela la preguntaba a qué hora se iba a marchar y hasta cuándo. No era que tuviera alzhéimer, es que no le importaba en absoluto el colegio y es por eso que

— Ayer adelanté el reloj una hora.

— ¿Qué?

Olivia se puso muy nerviosa, dejó el vaso sobre la mesa tan deprisa que la taza se volcó y toda la leche se derramó sobre la mesa. Se levantó tan rápido de la mesa que por poco hace volcar su silla, pero por suerte no se manchó. Si se hubiera manchado, hubiera tenido que cambiarse y aquello le hubiera hecho perder mucho más tiempo.

—Ten cuidado, niña — la riñó su abuela.

—Lo siento — se disculpó, aunque estaba tan enfadada que solamente quería gritar — ¿Por qué cambias la hora y no me dices nada? —La muchacha agarró un trapo de la encimera— ¿Cómo pensabas que me

daría cuenta?

— Anda, anda, quita — la anciana le arrebató el trapo de la mano y comenzó a arreglar aquel estropicio—. ¡Vete ya!

A Olivia no le quedaba otra opción que morderse la lengua y caminar directa hacia la puerta. Su abuela lo estaba haciendo otra vez, ignoraba las preguntas de su nieta cuando más le convenía. Aquello la enfadaba muchísimo porque había comportamientos de Amabel que no entendía y que solamente podía achacarlos a la edad. Tenía la mano en el pomo cuando la voz de su abuela viajó por toda la casa.

— ¡Olivia, las llaves! Hoy me voy con las chicas al pueblo a pasar todo el día. ¡Llegaré tarde!

— ¡Vale! —gritó para que su abuela pudiera escucharla.

Agarró las llaves de un pequeño armario de pared, se puso el abrigo y cargó a la espalda su mochila.

— ¡Adiós, abuela!

No se detuvo a esperar que su abuela le devolviera el adiós. Salió escopeteada de allí, agarró su bicicleta del garaje y la arrastró por el camino de piedras, no sin esfuerzo. Cuando llegó por fin a la carretera, se montó en ella y pedaleó en dirección al bosque. Allí, había un camino de tierra que tomaban muchos senderistas los fines de semana y que llevaba directamente al centro de la ciudad. Su abuela la prohibía que tomara ese camino porque temía que alguien la hiciera daño y que nadie pudiera ayudarla, pero Olivia solamente veía aquello como otra de las manías sin sentido de su abuela.

Pedaleó tan rápido que comenzó a sudar. Sabía que cuando llegara a clase sudaría el triple porque estaría la calefacción puesta. Sus compañeros se darían cuenta que sudaba como un cerdo y se reirían de ella, otra vez. Sí, otra vez. Olivia parecía incapaz de encajar en ningún lado de aquel maldito pueblo. También era cierto que ella había llegado a aquel instituto hacía dos meses, el curso ya había comenzado y todos los compañeros tenían su grupito de amigos formado, pero desde el primer día ella se ganó una fama injustificada de rarita y marginada. Olivia había culpado de aquella situación a mucha gente, incluida su abuela. Pero sabía que ella no tenía la culpa de que sus compañeros le parecieran gentuza. Su abuela había prohibido la entrada en su casa a teléfonos móviles y no quería ni escuchar hablar de Internet. Sus compañeros solamente hablaban de Youtube, Instagram y Facebook, y ella no sabía nada de todo aquello, así que la miraban como un bicho raro y la excluían de las conversaciones. Hubo un momento en el que no encajar la obsesionaba, pasaba las tardes en la biblioteca anclada frente a un ordenador, pero ni por esas llegó a

hacer verdaderos amigos en clase. Ese mismo verano entendió que hiciera lo que hiciera nunca la aceptarían porque tenía la etiqueta de marginada bajo sus hombros y así seguiría hasta que terminara el maldito instituto.

Si su abuela se hiciera una idea de lo mal que lo pasaba en aquel sitio, temería más a los nietos de sus amigas que a que tomara aquel camino todos los días. Sin darse cuenta, comenzó a bajar el ritmo y se convenció a sí misma de que llegaría tarde a clase de todas formas. Tal vez con suerte no le dejarían entrar a clase y la enviarían directa a dirección.

Capítulo 2

— ¿Qué te han dicho en dirección? — preguntó Laura con curiosidad fingida.

Estaba aburrida. No le interesaba para nada aprender a hacer integrales y Olivia era la única persona que tenía cerca.

— Nada, estaba Magdalena — una de las profesoras más agradables de aquel infierno—. Me dijo que debía llegar antes a clase y me ha mandado hacer ejercicios de biología.

— Uff... — frunció el ceño— ¡Qué horror! No pienso llegar tarde nunca.

Olivia sonrió porque no sabía qué más decir, aunque en realidad tampoco quería contarle nada más. No confiaba en Laura y probablemente nunca lo haría, porque había aprendido a las malas lo que era una persona de doble cara. Cuando Laura no estaba con sus amigos, era maja y agradable, se interesaba por ti y no paraba de darte temas de conversación. Olivia le había contado todo acerca de ella: la muerte de sus padres, cómo conoció a su abuela por primera vez y lo excluida de la sociedad que vivía por las manías de su tutora. A los pocos días, todo el mundo comenzó a mirarla con tristeza e incluso algunos, que en un pasado fueron verdaderamente crueles con ella, comenzaron a hablarle por compasión. Todavía se sentía traicionada y dolida por aquello, porque en ningún momento Laura pareció arrepentirse por ser una verdadera bocazas, pero con el paso del tiempo la ira y el rencor se convirtieron en resignación, y entendió que para que aquellas horas encerradas en clase se hicieran más amenas, debía de perdonarla. Sí, la había perdonado, pero nunca se olvidaría de lo que había hecho.

— Estudiar este fin de semana, el lunes tendremos un pequeño control que influirá en vuestra nota continua... — Sonó la campana que indicaba el fin de las clases y todos se pusieron de pie pese a estar el profesor todavía hablando —... ¡Qué tengáis un buen fin de semana, no os olvidéis de estudiar!

— Adiós.

Laura se despidió de ella tras echarla un rápido vistazo. Siempre hacía lo mismo, corría casi con desesperación para reunirse con sus amigas, como si temiera que no la esperaran a la salida.

— Adiós. — se despidió de la profesora.

—Espera un momento, Olivia — su alumna se detuvo y cuando el último alumno se marchó, retomó la conversación —. ¿Qué tal ves la asignatura?

¿Bien?

—Sí, no tengo ningún problema.

—Vale, me alegro —y parecía estar totalmente aliviada—. Entiendo que tienes más asignaturas y que has debido de hacer un esfuerzo muy grande para ponerte al día, por eso si crees que necesitas que te explique cualquier cosa búscame en la sala de profesores, ¿vale?

—Sí, muchas gracias.

Olivia se marchó de allí contenta por saber que había alguien de allí que de verdad se interesaba por ella. Pero cuando llegó al aparcamiento de bicis, se percató de que había algo que brillaba en su sillín. Sentía curiosidad pese a saber que aquel misterio seguramente la ridiculizaría. Sus pensamientos no se alejaban de la realidad, alguien había escrito en su sillín "pelo polla" con un rotulador permanente que no transfería tinta. Tendría que estar durante horas frotando con un estropajo para quitarlo.

Olivia levantó la cabeza y escudriñó con la mirada sus alrededores. Vio a Laura con una sonrisa en la boca mientras hablaba a sus amigas y lanzaba miradas fugaces hacia ella. Estaba nerviosa, sabía quién había hecho aquello y estaba a la espera de que su compañera se marchara de allí para poderse reír de ella con sus amigotes. Trató de que nadie se diera cuenta de que aquello le había afectado, trató de controlar que le temblaba las manos por la rabia que sentía y se subió a la silla con el fin de marcharse de allí lo antes posible. Quiso no escucharlo, enfocar su oído en cualquier otra cosa que no fuera su entorno, pero las risas de aquel grupo de urracas llegó hasta sus oídos y aquello hizo que los ojos se le empañaran de lágrimas.

Pedaleó con rapidez, sin importarle que estuviera a punto de perder el equilibrio varias veces, solamente quería llegar al bosque, donde estaba segura que estaría sola, y llorar. Estaba repleta de rabia e impotencia. No entendía cómo la gente podía comportarse así con alguien que no había hecho nada. Tampoco entendía cómo la gente podía ser agradable con ella y a las espaldas hacerle mucho daño. Ella había visto muchos documentales sobre el bullying, sabía que ella era la víctima y ellos los abusones, que debía pedir ayuda pero sentía que nadie podía ayudarla. Solamente encontraba consuelo en el rincón del sillón de su comedor donde veía los documentales en la televisión.

— ¡Ah!

Un fuerte estallido la asustó e hizo que su bicicleta tambalease, el suelo pedregoso no le permitió enderezarse y cayó al suelo estrepitosamente. Fue entonces, cuando un fuerte dolor le traspasó las palmas de las manos y su rodilla derecha estaba despellejada cuando se permitió llorar. Estaba

harta de todo, harta del instituto, harta de sus compañeros, harta de Laura, harta de volver a casa en bicicleta, harta de vivir tan lejos de la ciudad... ¡Estaba harta de la vida en general!

— ¡Putra mierda! — exclamó antes de propinarle una patada a la bicicleta.

Sus pantalones se habían roto y la sangre había manchado la tela. Eran nuevos y su abuela se enfadaría muchísimo con ella en cuanto la viera, pero no tanto como cuando se diera cuenta que la pintura de la bicicleta se había arañado. Cuando se recuperó de aquello, se palpó los bolsillos y se dio cuenta que las llaves no estaban. Hurgó en su mochila, pero no obtuvo resultado.

Buscó por los alrededores y removi6 las hojas con el pie, pero tampoco encontró las llaves. Se obligó a alejarse del camino con la esperanza de que hubieran salido disparadas por la caída. No quería volver al instituto para comprobar si se había olvidado las llaves en el aula, pero tampoco quería esperar tal vez cuatro horas en el poyete de su casa hasta que su abuela llegara.

Se detuvo cuando volvió a escuchar de nuevo aquel ruido que la había asustado. Era un sonido eléctrico, como si alguien estuviera disparando un taser. Se alejó aún más del camino se detuvo cuando una luz azul eléctrico la hirió en los ojos. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, se obligó a mirar y fue entonces cuando vio cómo una línea de color azul eléctrico rasgaba el aire y se expandía hasta abarcar la figura del hombre que se encontraba frente aquello. No pudo vislumbrar quién era porque estaba de espaldas y tenía una capa negra que le cubrió de la cabeza hasta los pies. Estaba a punto de entrar a aquel círculo y desaparecer, pero de pronto se detuvo y se volteó hacia el escondite en el que se ocultaba Olivia.

— Mierda. — masculló antes de echarse a correr hacia ella.

Capítulo 3

Olivia vio a aquel hombre abalanzándose hacia ella y fue tal el pavor que sintió, que apenas fue consciente de que había corrido hasta su bicicleta, había subido en ella y que estaba pedaleando con todas sus fuerzas para llegar lo antes posible a su casa. Aquel hombre era muy lento y el suelo pedregoso no le beneficiaba. Le gritó varias veces que se detuviera, pero la joven estaba lejos de obedecerlo.

Ella no paró de girar la cabeza para comprobar que aquel hombre no la seguía. Con suerte, no sabría donde vivía y no le haría daño alguno. Pero aquel pequeño alivio se vio aplastado cuando recordó que no tenía las llaves de casa y que allí, frente al porche, era vulnerable e indefensa. Trató de abrir las ventanas desde fuera pero no consiguió nada más que hacerse daño en las yemas de los dedos.

A medida que pasaba el tiempo, la ansiedad aumentaba y se vio obligada a hacer una locura que hasta entonces solamente había sido capaz de imaginar. Se agarró al tubo que canalizaba el agua y comenzó a escalar. En cuanto llegó a la segunda planta, ya era capaz de agarrarse al balcón y con cuidado se encaramó a terraza, pasó un pie por encima de la reja de hierro y cuando consiguió tocar el pie con el suelo, pasó la otra pierna.

—¡Sí, por fin!—exclamó triunfante al comprobar que la puerta de la terraza no tenía el seguro echado.

Entró en casa y fue directa a su habitación a dejar su mochila. Estaba nerviosa, inquieta, y no sabía muy bien qué hacer. Hubiera llamado a su abuela sino fuera porque ella no tenía teléfono móvil y no sabía con quién iba a estar para poder llamarles a ellos. De lo que estaba segura es que no podría hacer como si nada hubiera pasado. Lo que acababa de ver era una auténtica locura, había visto a un hombre hacer magia y aunque en sus sueños hubiera dado cualquier cosa por haber visto aquello, ahora la aterraba a unos niveles insospechables. Puso la televisión porque pensó que el ruido le aportaría la sensación de estar acompañada, pero la estresó escuchar las sonrisas enlatadas del programa de Friends y lo volvió a apagar. Se detuvo ante la ventana, sin poder apartar la mirada de la entrada de su casa para comprobar que aquel extraño no volvía aparecer. Iba a pie, era imposible que le hubiera seguido ¿Pero qué era posible o no? Después de lo que había visto, ya no se sentía capaz de estar segura de nada.

Después de media hora se cansó y el estómago le rugió de hambre. Había dejado su desayuno a medias y no había probado bocado desde entonces. La molestaba tener hambre en ese momento tan inoportuno, ¿pero hasta cuando estaría dispuesta a vigilar, hasta que llegara su abuela? Bajó a la cocina y se calentó unos macarrones que estaban hechos hacía tres días.

Aquellos macarrones le supieron a gloria los dos primeros bocados, después se dio cuenta que no tenía realmente hambre, solamente era gula. Su cuerpo le había dicho de comer porque era la hora, no porque de verdad tuviera hambre. Al quinto bocado, dejó el tenedor en el plato y se dispuso a limpiar aquello cuando escuchó el inconfundible cascabel que ella misma había puesto en su llavero tras décimo cada vez sexta vez que su abuela había bromeado con ponerle un cascabel para que no volviera a perder las llaves en casa. Ahora, aquel sonido estaba lejano de hacerle gracia. Corrió hacia la segunda planta y se detuvo en lo alto de las escales para poder escuchar.

"Ojala que sea la abuela. Ojalá, por favor... por favor..."

No estaba asustada, estaba aterrada. Cuando aquel individuo entró con sus pesadas botas de montaña, quiso llorar y gritar de miedo, pero no lo hizo. Su primer impulso fue esconderse, pero ¿A dónde? Su habitación sería lo más obvio y estúpido. ¿La habitación de la abuela? ¿Debajo de una cama? ¿Y dentro de un armario? Ningún escondite le parecía lo suficientemente seguro, y aquellos pasos comenzaron a resonar cada vez más cerca. Se obligó a no correr, puesto que sus pasos alertarían al extraño. Se introdujo en la despensa del final del pasillo, donde su abuela guardaba retales y demás elementos de costura, y allí se encerró por dentro. Apartó sin hacer ruido unas cestas que escondían una vieja escopeta de balines que había pertenecido a su abuelo hace mucho tiempo atrás. Él le había enseñado a disparar hacía varios años aunque su esposa, Amabel, detestaba las armas. Lo primero que hizo tras su entierro fue esconderlo lejos del alcance de Olivia, pero la niña conocía aquella casa mejor que nadie.

A larga distancia los bolines no mataban a nadie, pero en una zona sensible y a corta distancia sí que podría hacerlo.

Los pasos se acercaban cada vez más y más. Aquel hombre caminaba con una tranquilidad exasperante y aquello no hacía otra cosa que alterar aún más a Olivia, que le temblaban las manos. Aquel hombre trató de abrir la despensa girando el pomo, pero no se abrió.

Olivia se obligó a tomar profundas bocanadas de aire para controlar los nervios. Podía sentir como su estómago se comprimía y estrujaba a cada segundo que pasaba.

Un chasquido hizo que el pestillo de la puerta se girara y él abrió la puerta. Olivia no dijo nada porque el miedo la había paralizado

Aquel hombre se asustó cuando vio el cañón del arma apuntándole a la cabeza.

—¿Qué haces? Baja eso, muchacha —ordenó molesto. Olivia no dijo ni hizo nada al respecto porque el miedo le había paralizado —Bájalo. No te voy a hacer nada. Bájalo.

Agarró el cañón del arma y lo desvió de su cuerpo. Ambos forcejearon y cuando Olivia comprendió que tenía todas las de perder, apretó el gatillo. La escopeta hizo ruido, y el retroceso la asustó. Dejó caer el arma y miró a su asaltante con pavor. Él le lanzó un puñetazo en la sien, haciendo que ella perdiera el equilibrio y se golpeará la cabeza contra una de las estanterías.

Capítulo 4

Olivia se levantó sobresaltada y empapada en sudor. Estaba alterada y confundida, la pesadilla que había vivido era tan real que parecía todavía sentir el fuerte agarre de aquel hombre en la muñeca. Notó que algo le pasaba en el ojo derecho porque no podía abrirlo del todo, pestañeó varias veces hasta que pudo enfocar y fue entonces cuando se percató de que la pesadilla había sido tan real como ella misma. Un olor fuerte a herbolario le golpeó las fosas nasales y la leve palpitación que había sentido nada más despertarse se convirtió en un fuerte martilleo. Se llevó las manos a la cabeza como si de esa forma pudiera contener el dolor.

—¿Olivia?

Con desesperación escudriñó cada esquina de aquella habitación, pero había tantas cosas en aquel habitáculo que apenas podía ver de qué material estaban hechas las paredes. Sintió cómo el miedo volvía a apoderarse de ella. No sabía dónde estaba y en cuanto atisbó entre tanto trasto la puerta, quiso correr hacia ella. Pero la voz la detuvo.

—¡Vaya, ya te has despertado!

Era el hombre que había estado a punto de disparar. Apareció tras una puerta de la que Olivia no se había dado ni cuenta que existía porque estaba oculta entre un montón de pieles de animales que nunca había visto.

Se acercó a ella con una sonrisa tensa en la boca. Aquel hombre le imponía, no solo por su estatura que medía por lo menos dos metros, sino porque le había demostrado que estaba dispuesto a hacerla daño. Mientras se acercaba, Olivia pudo analizar aquel hombre. Era feo y tenía rasgos en la cara que le hacían parecer brusco, pero no parecía malvado. Quiso pensar que en su mirada se reflejaba un atisbo de arrepentimiento, pero de inmediato se amonestó y quiso abofetearse. No era momento para tener un síndrome de Estocolmo, aquella situación en la que se encontraba era lo más parecido a los casos de secuestro que había en las películas de terror.

— ¿Te encuentras bien? — ella no respondió, se limitó a encogerse y pegarse aún más a la pared — ¿Eres Olivia Sorní, verdad? ¿Tu abuela es Amabel Castrejón, no? Yo me llamo Adriel. Adriel sin más, sin apellido.

Que supiera su nombre la aterró por completo. Pensó que aquel hombre era un acosador que había estado espiándola a ella y a su abuela durante días.

—¿Dónde estoy? —balbuceó — ¿Quién eres tú?

—Tranquilízate.

Adriel estaba incómodo y aunque quisiera no transmitirlo, sabía que aquella niña con ojos de búho lo había notado. Sus movimientos y sus gestos eran bruscos. Su esfuerzo por parecer despreocupado solamente le hacía parecer un psicópata.

—¿Dónde estoy?—volvió a repetir.

—En mi casa.

—¿Qué vas a hacerme?

—¡Nada!— levantó las manos para mostrarle que no tenía nada en las manos —. Te hice daño y lo siento mucho. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele el ojo? — fue a acercarse a ella, pero ella le apartó la mano de un manotazo — Yo nunca haría daño a nadie, pero el disparo me puso nervioso.

—Quiero irme a casa.— le interrumpió.

—Sí, sí, claro. Lo entiendo, pero no puedo dejar que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque no puedo dejarte marchar.

—¿Por qué?

—Porque ya conoces nuestro secreto.

— ¿Qué secreto?— la ansiedad se adueñó de su racionalidad, porque entendió que no iba a salir de allí nunca si no hacía nada al respecto— Yo no vi nada, lo juro. No vi nada.

—Ya, pero...

La muchacha lanzó una patada que impactó en la entrepierna de aquel extraño, que cayó de culo en el suelo. Ella aprovechó aquel momento para salir corriendo, pero cuando dio el primer paso, una mano se aferró a su tobillo derecho. Aquello le hizo trastabillar y cayó al suelo.

— No te puedo dejar marchar —se excusó.

Pero sus excusas le daban absolutamente igual a Olivia que solamente estaba luchando por sobrevivir. Le lanzó una patada a la cara y la suela de

su zapatilla chocó contra su nariz. Aquel hombre la soltó y se llevó las manos a la nariz para detener la hemorragia. Olivia se levantó del suelo y fue directa hacia la salida. Cuando por fin estuvo fuera, una bofetada de calor la conmocionó, haciendo que perdiera unos segundos valiosos que Adriel aprovechó para levantarse y recuperarse del dolor de su entepierna.

— No salgas. ¡Cierra la puerta!

Aquel grito la despertó de su estado y corrió por la calle, dejándose guiar por el sonido de un bullicio lejano. Las calles eran de tierra y el polvo se levantaba a cada paso que daba. El olor a orina y basura descompuesta hizo que quisiera vomitar, pero no paró de correr. Aquel hombre no se había rendido, escuchaba sus pasos resonar por la calle.

— ¡No sabes a donde estás yendo! ¡Para!

Pero detenerse estaba lejos de sus planes. Giró a la derecha, luego a la izquierda y finalmente llegó a una calle tan concurrida que gracias a su pequeño tamaño pudo perderse entre el gentío. La gente estaba animada y apelmazada. Era complicado andar entre el gentío por lo que Olivia dejó que la corriente de cuerpos la transportara.

Aquel sitio le recordaba mucho a las fiestas medievales que se celebraban cada año en su ciudad natal. Pero a diferencia de Alcalá, parecían todos vestidos acorde a la temática menos a ella. Era curioso que en aquella situación tan tensa, la vergüenza la invadiera tras notar que muchas miradas estuvieran puestas en ella. Se cubrió la cabeza con la capucha de su sudadera y una idea aterradora la cruzó por la mente: ¿Y si aquello era real? Había comprobado con sus propios ojos que la magia existía y aquella ciudad parecía muy lejana a su tiempo. No veía farolas, las calles no estaban asfaltadas y la gente se paseaba con animales como si fuera lo más normal del mundo pasear a una cabra. Aquello le parecía atterradoramente real y algo le decía que sus vestuarios no eran disfraces.

Los comerciantes vociferaban para estimular las ventas

— ¡Tengo los mejores panes de toda Everial! — el grito de un hombre con una redonda tripa y una atronadora capacidad vocal asustó Olivia.

Toda la gente de su alrededor se rió de ella, pero no tuvo tiempo para que la vergüenza la calara. Un fuerte agarre la detuvo y cuando volteó vio el rostro de Adriel empapado en sudor y enfadado.

— ¡Suéltame!

Tiró de su agarre y sus yemas resbalaron por su brazo, haciendo que la pellizcara y notara que aquello le dejaría marca. Tras un segundo tirón se

liberó por completo de su agarre y esquivó a la gente que tenía más cercana ignorando sus insultos y maldiciones.

— ¡No sigas! ¡Que alguien la detenga!

Pero nadie la detuvo porque solamente hacía falta ver el lamentable estado de la muchacha y el tamaño amenazador de su perseguidor para saber que aquello solo les acarrearía problemas. Terminaba la calle y las posibilidades de salir ilesa menguaban. El final estaba custodiado por tres guardas, uno de ellos con capa blanca. La esperanza de que tal vez aquellos guardias pudieran salvarla hicieron que corriera aun más deprisa.

— ¡Socorro! — gritó a diez metros de ellos, haciendo que aquel individuo de capa blanca se volteara — ¡Me persigue un hombre! ¡Ayudadme por favor!

Se sentía mareada, no se encontraba bien. Un dolor en el estómago le amenazaba con vomitar, pero la necesidad de sentirse a salvo la hizo mantenerse lúcida. Estaba a punto de salir de la multitud, ansiaba salir del calor que aquellas personas emanaban, pero a dos pasos de salir de la multitud la visión comenzó a fallarle. Veía borroso, los sonidos le llegaban de forma amortiguada y de pronto, sin ni siquiera preverlo, cayó al suelo como un peso muerto. Se había desmayado y había caído al suelo de forma violenta. Todo el mundo se separó de aquel cuerpo, asustados.

— No pasa nada, es mi hermana — excusó aquel grandullón mirando a los soldados —. Es que no está bien. — se señaló la cabeza con el dedo índice, indicando que había algo en su cabeza que no estaba bien.

Pero aquella excusa no fue suficiente para que Nuño Morana decidiera hacer la vista gorda.

— Aléjate de ella — ordenó mientras llevaba su mano a la espada que colgaba en su cintura.

— Señor, no lo entiende.

— Aléjate de ella — volvió a repetir.

Aquel hombre se mostraba reticente a desenvainar su arma en medio de aquella multitud. Adriel lo sabía, pero no era tan tonto como para encararse a un Guardia Real.

Capítulo 5

Tragar estaba siendo un esfuerzo considerable, su lengua raspaba su paladar y sentía que sus labios se agrietaban con cada gesto que hacía. Agua, Olivia solamente podía pensar en agua y la necesidad se convirtió en deseo. Cuando abrió los ojos, todo estaba muy oscuro pero estaba tumbada en una cama y aquello, por tonto que pareciera, la reconfortó. No era su cama, pero poco le importó cuando vio la jarra de agua en la mesilla de noche. Nunca antes unas curvas le habían parecido tan apetecibles. Se abalanzó hacia ella y no se detuvo para verterlo en el vaso que estaba a su lado. Bebió a morro.

—Si bebes tanto, te va a sentar mal — Aquella voz provocó que se atragantase, pensaba que estaba sola—. Te lo dije.

Olivia comenzó a convulsionar y tuvo que escupir agua para no atragantarse. Cuando se recuperó de la tos, se enjugó las lágrimas y escudriñó con la mirada aquel sitio para encontrar a la dueña de aquella voz. Estaba en una habitación de época con muebles ostentosos y paredes morados que bajo la escasa luz de las velas parecía negro. Aquel sitio le parecía tétrico.

—¿Dónde estoy? —dijo mientras se levantaba de la cama.

—Niña, no hagas eso. Vuelve a tumbarte. —la riñó.

Aquella mujer se levantó de una silla donde la oscuridad la cubría por completo. Era una anciana con cara de mala uva. Llevaba un vestido largo de lana, sencillo y barato, de color gris oscuro acorde con su pelo nevado. Cuando llegó a la altura de Olivia, la obligó a sentarse colocándole una mano en el hombro y apretando hacia abajo. La muchacha no se resistió ya que se sentía mareada.

—¿Dónde estoy?—preguntó con el corazón encogido de miedo— ¿Qué hora es?

—Tarde, todo el castillo está dormido.

¿Castillo? Olivia no estaba entendiendo nada, no sabía donde estaba y aquel sitio estaba muy oscuro. Miró una vez más a la anciana y su carácter huraño le hizo entender que no iba a solucionar ninguno de sus problemas.

Se levantó de la cama y la apartó de un manotazo. Aquella mujer volvió a regañarla y la persiguió por la habitación tratando de convencerla para

que volviera a la cama.

—¡No salgas! —la gritó cuando dedujo que iba directa hacia la puerta —
¡Guardias!

Pero Olivia ya había abierto la puerta y ya había comenzado a correr. Los dos guardias que custodiaban su puerta trataron de atraparla, pero reaccionaron tarde. Olivia sin ni siquiera pensarlo había iniciado un plan de escape improvisado. Iba descalza, pero no la importaba. El suelo de mármol estaba frío, pero no lastimaban sus pies.

Los Guardias lanzaban órdenes y perseguían a la muchacha. En cuestión de segundos, más soldados se unieron a la caza. Eran rápidos, pero ella lo era más. Corría sin saber dónde estaba ni hacia donde se dirigía.

Al final de un pasillo apareció un guerrero casi tan grande como Adriel. La interrumpía el paso y su mirada escupía una furia que la hubiera amedrentado sino fuera porque la adrenalina ya corría por todo su cuerpo. Olivia sabía que ya no tenía opción de darse media vuelta y reinvertir lo que ya había hecho.

—Elia, detente.

Pero no le hizo caso, cuando llegó a su altura hizo una cinta y trató de escabullirse por debajo del brazo de aquel hombre, pero éste le agarró por la capucha. Olivia aprovechó la inercia que llevaba y lo amplió que le quedaba la prenda para escurrirse y liberarse de la ropa. Dejó a aquel guerrero atrás con cara de idiota mirando la sudadera en la mano.

Cuando llegó al final del pasillo decidió marcharse por la izquierda porque por la derecha se acercaban tres capas blancas dispuestas a detenerla. Subió unas escaleras de caracol y después de cincuenta peldaños, se encontró con una puerta de hierro con un cerrojo que le costó mucha fuerza para moverlo. Pero el cerrojo no era lo peor, aquella puerta estaba atascada y era muy pesada. Olivia utilizó la fuerza de su cuerpo para moverla, pero tras tres empujones y un dolor importante en el hombro consiguió desplazarla. Pero el horror se trasladó a su rostro cuando vio que su improvisado plan de escape había terminado. Estaba en la cima de un torreón, la única salida era la escalera por la que había subido y que en aquel momento estaba repleta de hombres dispuestos a atraparla.

Se subió a las almenas y observó con espanto el tremendo abismo de oscuridad que se alzaba sobre ella. Saltar no era una opción, o casi. En menos de tres pestaños, aquel pequeño espacio se llenó de soldados de capa blanca y todos la miraban con cara de terror. Temían que se lanzara, ¿pero por qué? Ella no era nadie.

—Bájese de ahí, hablemos en otro lado. —dijo el hombre casi tan alto como Adriel.

—¿Dónde estoy?

—Puede resbalarse, baje de ahí.

—Que dónde estoy —repitió la muchacha mientras oteaba el precipicio.

Estaba todo muy oscuro, era incapaz de identificar cuantos metros había hasta el suelo, pero seguramente muchos.

—Everial—contestó molesto el hombre al que había conseguido sortear y que parecía el portavoz de todas aquellas capas blancas—. Estás en Everial, en el Castillo Real de la familia Udoy. Aquí nadie os va a hacer nada, señora...

—¿Cómo he acabado aquí?

—Hablemos, pero bájese de ahí. Es peligroso.

Aquel soldado se acercó y ella retrocedió, provocando un breve ataque de corazón a todos los presentes. El corazón de Olivia parecía estar a punto de salirse por la boca, sus piernas comenzaron a temblar. No es que le diera pánico las alturas, pero sí que le producían respeto.

—¿Cómo he acabado aquí? ¿Qué queréis de mí?

—Señora, por favor. Bájese de ahí...

—Que qué queréis de mi — insistió, mostrando su irritación en la voz.

—Os parecéis mucho a Elia—comentó un chico que solamente parecía tener dos o tres años más que Olivia. Era guapo y delgado, pero en su cara se reflejaba el pánico.

—¿Quién es Elia?

—Nuestra reina.—comentó su líder mientras le clavaba a aquel hombre una mirada de advertencia.

—¿Y qué queréis de mí?

—La situación de Everial es precaria. Elia ha desaparecido y su tío está deseoso de hacerse con el trono. Si Leonardo Udoy llega al trono iniciará una época de terror que costará muchas vidas.

—¿Y qué esperáis que haga yo?

Miró hacia abajo. Seguía estando muy alto.

—Elia ha desaparecido y no tiene ningún heredero —por la cabeza de Olivia ya comenzaron a saltar todas las alarmas—. La rogamos que nos escuche y que esté dispuesta a llegar a algún pacto con nosotros...

Pero poco le importaba ya a Olivia lo que aquel hombre tenía que decirle. Por su cabeza ya se había implantado la idea de que alguno de aquellos hombres la violaría hasta que se quedara preñada y luego arrebatarse el niño. ¿Y después qué? ¿la matarían?

Volvió a mirar hacia abajo y trató de ignorar los ruidosos latidos de su corazón. Bloqueó todas las voces de su cabeza que le gritaban que no lo hiciera y simplemente lo hizo. Saltó y aquellos segundos se le antojaron larguísimos.

—¡Señora!—gritaron casi al unísono todos los soldados.

Cuando se asomaron, no encontraron a Olivia en ningún lado. Parecía que aquella muchacha había desaparecido de la misma forma en la que vino, por arte de magia. Estaba demasiado oscuro como para saber si se había estrellado contra el suelo. Pero el sonido del golpe nunca vino y el Jefe de la Guardia sospechaba que aquella muchacha seguía viva.

—Aislar todo el ala, que nadie entre ni salga —gritó a sus compañeros, sacándoles del estupor—. ¡Vamos!

Capítulo 6